



a geopolítica de los espacios

*Recibido el 02 de mayo de 2008.
Aprobado el 20 de abril de 2009.*

Carlos Enrique Londoño Rendón¹

¹ Magíster en Psicopedagogía de la Universidad de Antioquia. Profesor titular del Centro de Humanidades de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana. Dirección del autor: carlosenrique@une.net.co



Resumen

Desde la Geopolítica es posible comprender que la actual realidad de Colombia, en campos como lo social y sus diferentes tipos de violencias, ha estado determinada por las fuerzas económicas, políticas e ideológicas que configuraron las grandes variables del orden mundial de la Guerra Fría y, luego, el de la Globalización.

Palabras clave

Geopolítica, Teoría política, Guerra Fría, Relaciones internacionales, Globalización.

Abstract

From the perspective of Geopolitics, it is possible to understand that the current reality of Colombia in the social field and its different kinds of violence, has been determined by the economic, political and ideological forces that configured the main variables of the present world order, of the Cold War, and later, of the Globalization.

Key words

Geopolitics, Political theory, Cold war, International relations, Globalization.

Introducción

Hoy, para la mayoría de los habitantes de este planeta tierra, lo que se llama 'mundo' es tan confuso como lo era hace 45 o 50 años, cuando un maestro de escuela de cualquier lugar de la Colombia de entonces, mostraba un mapa y decía que ese era el mundo: en una cartulina o en una esfera presentaba unos espacios coloreados, separados por líneas, que poco decían desde la perspectiva del entendimiento, y que se convertían en un tormento para la memoria, en cuanto había que retener una serie de datos de manera mecánica, sin sentido, para repetir luego y obtener una buena o mala calificación. Era un mundo distante del mundo real de la mayoría de colombianos que sólo contenía los referentes de sus familias y de dos o tres vecinos, de unas quebradas y montañas, de unos cuantos animales y cultivos. El resto del mundo existía como martirio para la memoria de datos, nombres, fechas que exigían en la escuela. Ese otro mundo era confuso o inexistente, tal vez debido a la escasez de información, a lo rudimentario de las comunicaciones, de pronto una radio. Era el mundo de la mayoría de los habitantes de la Colombia de los

años 50, predominantemente rural, donde las fuentes principales de la cultura estaban en el maestro desde la escuela o en el sacerdote desde el púlpito. En medio de esta confusión entre un mundo real, el cotidiano, y el que decían que existía más allá y al cual nos acercaban en una representación de mapas, había algo de certeza, la de que sacerdote y maestro decían la verdad, la verdad absoluta; así lo creíamos, no había lugar a dudas y eso daba seguridad.

Entonces, ¿cómo o por qué ubicar con el mismo calificativo de “mundo confuso” el de hoy, cuando ya el problema no es de escasez de información o de precariedad en los medios de información que nos interconectan con ese mundo y nos dan cuenta de él a cada instante? Porque hoy como ayer, las condiciones que hacen posible ordenar la convivencia cotidiana, la existencia en medio de una comunidad, la asimilación y construcción de sentidos que hacen habitables los entornos, en gran parte están definidos desde instancias lejanas de poder, muy lejanas la mayoría de las veces, a las posibilidades de participación personal en la delimitación de dichas condiciones ordenadoras del mundo, de ese mundo inmediato que yo habito; son, dice García Canclini (1999), instancias de poderes anónimos y traslocalizados: “Pocas veces podemos imaginar un lugar preciso desde el cual nos hablan” (p. 27). Son enormes las distancias que hay entre las circunstancias de la vida cotidiana y quienes deciden buena parte de sus condiciones. ¿Dónde están, quiénes son y por qué, desde el Fondo Monetario Internacional (FMI) pueden definir las condiciones de mi vejez al imponer reglas de juego a Colombia para el manejo de las pensiones?; ¿en qué lugar del mundo y con qué derecho se entró a ubicar los mercados como puntos centrales del ordenamiento social, trayéndonos como consecuencia la quiebra del campo, de miles de pequeñas, medianas y aún grandes empresas industriales y comerciales, poniendo en entredicho para millones de colombianos su estabilidad en el empleo, bajo el paradigma de la “flexibilización” de las relaciones laborales?; ¿quiénes, desde dónde y por qué definen en mi vida lo que debo ponerme para estar a la moda, lo que debo comer, la figura del cuerpo que debo ostentar, cuánta dieta o ejercicio hacer?; ¿quiénes, desde dónde y por qué tienen el poder, sin que yo se los pueda discutir, de definir lo que tengo que ver, escuchar o leer?. ¿Con qué autoridad Bush ha dividido el mundo entre terroristas y no terroristas y por qué nosotros debemos sufrir las consecuencias de ello?. ¿Por qué podemos hacer una historia de la transformación de los calificativos para



ciertos grupos pasando de ser antisociales, a subversivos, a narcotraficantes, a narcoguerrilleros o a narcoterroristas?; ¿cuáles son los intereses que, en cada caso, esconden los poderes mundiales en esas transiciones que van quitando y poniendo nombres?

Estos y muchos otros ejemplos nos están demostrando que vivimos porque nuestros espacios cotidianos tienen unos sentidos que nos hacen posible ordenarlos y habitarlos de tal o cual manera; pero que hoy es mucho más claro que esos sentidos sean definidos en gran parte desde instancias que escapan a nuestro control porque no sabemos dónde están, quiénes y por qué, en función de qué intereses las representan, por qué pueden rasgar la soberanía de los Estados y sus gobiernos al imponer sus mandatos por encima de cualquier voluntad popular. Los espacios y sus contenidos no tienen sentidos en sí, les son dados desde instancias de poder que se ubican más allá de ellos, anónimos y lejanos para el común de los ciudadanos y que cambian al vaivén de los intereses que los sustentan. Éste es el mundo de la Geopolítica.

La geopolítica: un concepto necesario para entender el sentido de los espacios

Es necesario entrar a este escenario planteando de antemano algunos supuestos: 1) Los espacios no tienen sentido en sí mismos. 2) Los sentidos de los espacios son históricos, es decir, sufren transformaciones. Y 3) estos sentidos no son determinados desde una instancia única, aunque sí debemos admitir que muchas veces pesa más una variable que todas las demás. Es lo que queremos señalar con la variable *Geopolítica*, con respecto a los sentidos de los lugares como continentes, países, regiones, ciudades, mares, ríos o montañas, acciones o convicciones, para tratar de encontrar respuestas a preguntas como las de ¿por qué Colombia pasa tan rápidamente de un escenario en el que era un país, relativamente modelo dentro de la comunidad internacional y, particularmente, en América Latina, a un nuevo escenario en el que hoy se convierte en una nación señalada como problemática y peligrosa para esa misma comunidad? ¿Por qué y quiénes definen que el problema del subdesarrollo latinoamericano es fruto del modelo proteccionista que se tenía e imponen la necesidad de un nuevo modelo, que en sólo 20

años nos lleva a pasar de 160 millones de pobres a más de 220, o de 235 mil millones de dólares en deuda externa, en 1982, a unos 850 mil millones en la actualidad, traduciéndose lo anterior en crisis sociales profundas y reflejándose en los altos índices de inseguridad, en altos niveles de inestabilidad financiera y, por consiguiente, de inestabilidad económica, que atraviesan a toda América Latina, sobre todo a sus principales ciudades? (Durango, 2002). O ¿por qué hay más teléfonos en el sólo barrio de Manhattan de Nueva York que en todo el continente africano?. O ¿por qué sólo los tres personajes más ricos del mundo superan la riqueza de los 100 países más pobres con una población de 600 millones de habitantes, o los 200 más ricos superan el ingreso del 41% de la población mundial, unos 2.500 millones de habitantes? O ¿por qué el hambre y la desnutrición acosan, según la FAO, a unos 5.4 millones de colombianos? (Hernandez, 2002). O ¿por qué la muerte de civiles israelíes es un acto terrorista palestino, y la muerte de civiles palestinos por causa de un ataque israelí, no es terrorismo sino legítima defensa?. O ¿por qué Estados Unidos predica hacia fuera la apertura de mercados pero hacia adentro subsidia su sector agrícola, o crea barreras proteccionistas para sus industrias como la del acero?. O ¿por qué EEUU propone convertir la Amazonía en patrimonio de la humanidad, en Río de Janeiro en 1992, pero no firma el tratado de Kyoto sobre el clima que obliga a los países desarrollados a limitar la emisión de gases contaminantes, o el de Ottawa sobre las minas antipersona o quiebrapatas, o el del Tribunal Penal Internacional porque podría haber una justicia parcializada contra los norteamericanos por delitos de lesa humanidad, permitiéndose de paso una ley (Sierra, 2002) mediante la cual el Presidente puede chantajear a países que reciben su ayuda económica para que nunca acusen ante el Tribunal a ningún soldado norteamericano?

Miremos si, acercándonos al concepto de Geopolítica, podemos lograr algunas claridades, ante inquietudes y preguntas como las anteriores. Es bueno, al respecto, también dejar sentados unos supuestos: 1) La Geopolítica como disciplina ha sido cultivada por los Estados poderosos pensando no precisamente en la paz; por lo general, ha dado lugar a acciones de chantaje, de fuerza y de guerra. 2) Un denominador común a la mayoría de los países desarrollados es la existencia de una visión geopolítica, concordante con acciones internacionales que se derivan de ella, buscando establecer condiciones más favorables al propio



desarrollo. 3) Tener visión geopolítica es tener una visión de carácter holístico, global y sistémico. 4) La Geopolítica hace posible visiones de mediano y largo plazo.

En esta perspectiva podemos entender la Geopolítica como una disciplina que tiene por objetivo el análisis de los espacios físicos, económicos, políticos, culturales o virtuales, para la toma de decisiones que estén en función del desarrollo de un Estado. Lo que puede llegar a implicar para un Estado que ha pensado su desarrollo con base en metas de mediano y largo plazo, anexarse espacios (Puerto Rico, Hawai, Panamá, Islas Malvinas), o establecer un control político o militar directo sobre ellos (Afganistán, Medio Oriente, Irak, o el poder de veto en la ONU), o ponerlos al servicio de los propios intereses con acuerdos que aparentemente favorecerían a la parte débil (Represión al narcotráfico y favorabilidad en los intereses petroleros a cambio de hacer parte del Tratado de Preferencias Arancelarias Andinas).

Siguiendo el derrotero que nos dan los elementos componentes del concepto de Geopolítica, podemos examinar de qué manera en la contemporaneidad los espacios han adquirido significado ideológico, político, económico, cultural, entre otros. Dos momentos son claramente diferenciables, con la posibilidad de que estemos entrando en la configuración de un tercero a partir del 11 de Septiembre del 2001.

Uno, el contexto creado por la Guerra Fría, después de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, y del cual, a través de la Doctrina de la Seguridad Nacional, Colombia ha recibido elementos determinantes que están explicando buena parte de la crisis social, política, económica y de violencias que hoy estamos viviendo.

Dos, el nuevo orden mundial o de globalización y fragmentación que se comienza a configurar desde los años 70 y se potencia de manera definitiva con la caída del Muro de Berlín, a partir de noviembre de 1989.

Se ha planteado que los hechos terroristas del 11 de Septiembre de 2001 y la forma como EEUU los hace ver en la comunidad internacional, podrían estar configurando un tercer contexto internacional, resignificador de los espacios; O que sería una especie de nueva Guerra Fría pero en un contexto de Globalización. En el fondo, como lo indica Huntington

(1997), se está en presencia del miedo de Occidente en cuanto que Globalización no es sinónimo de homogeneización ni cultural, ni política, ni social, ni económica y que, como tal, no sería precisamente Occidente quien impondría su cultura como una visión universal. "... en el mundo de la Postguerra Fría, por primera vez en la historia, la política global se ha vuelto multipolar y multicivilizacional" (p. 21).

La Guerra Fría y la seguridad de los espacios

Los dos grandes 'triunfadores' de la Segunda Guerra Mundial, el uno a nombre de la libertad, y de la igualdad, el otro, se repartieron y polarizaron el mundo, trazando un muro infranqueable, más allá del cual sólo existía el enemigo, un peligro constante para la propia seguridad. Según Luis Maira (1994), la Guerra Fría se fundamentó sobre:

La fuerte convicción de los gobiernos de Washington y Moscú de que sus proyectos de sociedad resultaban irreconciliables. Ésto acentuaba un conflicto de raíz ideológica en que estaban en juego la concepción misma de Estado, la forma de organizar la economía y todos los temas que hacen parte de un proyecto cultural. Y este conflicto no era sólo una disputa entre las dos grandes superpotencias, sino que tenía una dimensión planetaria que lo hacía repercutir hasta en los más apartados rincones del mundo (p. 28).

No había espacio para la neutralidad; para cada bloque no había más que dos posibilidades: o estar con el bloque, lo que le implicaba asumir a los del bloque contrario como sus enemigos; o estar contra el bloque y ser asumido como un enemigo por éste. Todo espacio tenía que ingresar en el juego de la confrontación ideológica, volviéndose significativo y fundamental en cuanto a la seguridad de su respectivo bloque.

Si antes las distintas doctrinas geopolíticas habían predicado que el desarrollo dependía de la capacidad de tener una visión global, una visión de futuro, poniendo a disposición, por cualquier camino, los espacios y los recursos para el logro de las metas, estuvieren donde estuvieren, en la Guerra Fría el desarrollo estará fundado en la posibilidad de garantizar la seguridad, de tener la certeza de que el enemigo no podrá penetrar en la propia esfera de influencia. Desde la libertad o desde la igualdad, convertidas respectivamente en ideología por Estados



Unidos como eje del bloque occidental y por la Unión Soviética como eje del bloque oriental, la carrera armamentista de ambos, en niveles jamás vistos antes, se convirtió en el medio fundamental para disuadir a la contraparte de cualquier ataque en 'caliente'. Durante la mayor parte de la Guerra Fría, como una 'espada de Damocles', pendió sobre el mundo la posibilidad de su destrucción total. Con el 1% de las armas nucleares desarrolladas durante este período habría sido más que suficiente para borrar de la faz de nuestro planeta tierra todo vestigio de vida.

A nombre de la Doctrina de la Seguridad Nacional pueblos enteros fueron invadidos, reprimidos y obligados a mantenerse fieles al eje para evitar cualquier posibilidad de penetración del enemigo. De ahí que, si bien, no hubo una guerra en caliente entre los dos grandes ejes de cada Bloque, sí hubo gran cantidad de guerras menores en las que el patrocinio estaba dado desde el núcleo central. De esta manera, guerras como las de Korea, Vietnam, Medio Oriente, Centro América, El Congo (antiguo Zaire), Angola, Afganistán, entre otros, van a permitir movilizar las industrias armamentísticas de Estados Unidos o Rusia, convirtiéndose de paso en campos propicios para la experimentación de nuevas armas como las químicas; guerras que sólo dejaron a estos países destrucción, altos niveles de endeudamiento, graves crisis sociales.

El mundo de la Guerra Fría estuvo alimentado por una fuerte bipolaridad que:

Tenía expresión en cada uno de los elementos constitutivos de la hegemonía internacional. Era una bipolaridad militar –que se hacía sentir en las esferas nuclear, estratégica y táctica– que constituía una preocupación fundamental de las dos superpotencias; era una bipolaridad económica ya que Estados Unidos y la Unión Soviética encabezaban bloques económicos perfectamente estructurados; era una bipolaridad política, pues ambas superpotencias concurrían, competitiva y agresivamente, al interior del sistema internacional y, en particular, en los foros de Naciones Unidas; era una bipolaridad científico-técnica, pues la Unión Soviética tenía todavía en este terreno una capacidad significativa que alcanzó, en lo visual, momentos muy altos como el lanzamiento del primer Sputnik o la colocación del primer hombre en el espacio, que proyectaban la impresión de que tenía la capacidad de sostener la carrera científico-técnica frente a los progresos norteamericanos (Maira, 1994, p. 29).

Este antagonismo llevó a la definición de un esquema en el que cada bloque:

Construyó un sistema institucional que garantizaba su propia seguridad y su dominación en el respectivo hemisferio. Occidente contaba con una

variada gama de organismos económicos (FMI, Banco Mundial, etc.) y de pactos militares, entre los cuales el principal era, sin duda, la Alianza Atlántica (OTAN). En respuesta, los países del Este se habían aglutinado en el pacto de Varsovia y el COMECON. En cada uno de los dos bloques, la potencia respectiva imponía la disciplina entre sus aliados en razón de la amenaza enemiga. Además, la polaridad les permitía a las superpotencias del Norte ejercer su tutela sobre las naciones del Sur pertenecientes a su respectivo campo de influencia (Restrepo, 1991, p. 76).

De este contexto hace parte América Latina. Su misión estará en contribuir a la defensa de los valores propios de la civilización occidental, en contra de la amenaza que representa el avance del comunismo internacional. Desde los años cincuenta, buena parte del continente vivía una significativa modernización industrial, que contribuyó a acelerar los procesos de urbanización y, con ellos, los de las transformaciones socio-culturales, propiciados por la ampliación de las coberturas educativas en todos los niveles y la masificación de los medios de comunicación. Todas las exigencias o demandas que estas transformaciones sociales trajeron como consecuencia de la configuración de nuevos sectores sociales, fueron leídas, en el contexto de la Doctrina de la Seguridad Nacional, por nuestras clases dirigentes, no como tales, sino como simples síntomas de la penetración del enemigo y, como tal, fueron reprimidas desde gobiernos autoritarios, conteniendo y acumulando problemas que nunca fueron respondidos desde las vías institucionales o legales con soluciones acordes a las nuevas realidades. Los problemas contenidos, no resueltos, comienzan a desbordarse, en el caso de Colombia, a buscar otras salidas, ilegales pero, en buena parte, legítimas. Marchas, paros, taponamiento de vías; guerrillas, narcotráfico, paramilitarismo, distintas violencias urbanas, serán los caminos a través de los cuales una parte importante de la población tratará de encontrar respuestas a sus problemas no resueltos por la vía institucional. La configuración del sistema político del Frente Nacional al escriturar de antemano el poder a liberales y conservadores, cerrándolo a cualquier otro tipo de visión sociopolítica, terminó facilitando a las clases dirigentes el cumplimiento de la misión de salvaguardar la civilización occidental y, de paso, sus intereses particulares, mediante la aplicación de la Doctrina de la Seguridad Nacional, dentro de una fachada de aparente democracia pero sostenida por un eterno estado de sitio que, en términos reales, dejaba el poder en manos del ejecutivo y sus militares, desvirtuando la existencia, al menos de un Estado liberal de derecho (García, 1977).



Así, en la segunda mitad del siglo veinte, los espacios rurales y urbanos de Colombia serán resignificados de múltiples maneras, gracias, en buena medida, al contexto creado por la geopolítica de la Guerra Fría. Soluciones nuevas, como las que se propician en el nuevo orden mundial de la globalización, para problemas viejos ampliamente acumulados, terminarán, no resolviéndolos sino profundizándolos y, por consiguiente, agravándolos, máxime cuando esas soluciones son contradictorias entre el predominio de un proceso económico de corte neoliberal, puesto en práctica por las élites económicas en favor de sus intereses particulares, y un proceso político que aspira a un Estado social de derecho, como el señalado en la Constitución de 1991, pero absolutamente imposibilitado por el primero en su realización (Orjuela, 2001).

De la confrontación ideológica al choque de civilizaciones

El crecimiento científico-tecnológico y económico de quienes habían sido los dos grandes perdedores de la Segunda Guerra Mundial; la crisis del petróleo y la preponderancia, cada vez mayor, de los capitales financieros, a lo largo de los años setenta y ochenta; el derrumbe acelerado del sistema socialista de la Unión Soviética; la crisis y, muchas veces, derrumbe de grandes y tradicionales empresas como las del automóvil en Estados Unidos; el rápido desarrollo tecnológico aplicado a las comunicaciones y la informática y la interconexión de estos dos mundos a través de la telemática, entre otros factores como los de una mayor conciencia frente a la conservación del medio ambiente; el respeto de los derechos humanos; la mirada mundial de igualdad para la mujer, de protección a las minorías étnicas, etc. hicieron exclamar a muchos que estábamos asistiendo a un descubrimiento tan o más importante que aquel por el cual Copérnico echó a andar la tierra alrededor del sol:

El descubrimiento de que el mundo se volvió mundo, de que el globo ya no es sólo una figura astronómica, de que la Tierra es el territorio en el que todos nos encontramos relacionados y remolcados, diferenciados y antagónicos, ese descubrimiento sorprende, encanta y atemoriza. Se trata de una ruptura drástica en los modos de ser, sentir, actuar, pensar y fabular (Ianni, 1997, p. 3).

Este mundo en reconfiguración, se venía incubando desde los años setenta pero la bipolarización propia de la Guerra Fría no había permitido vislumbrar plenamente, en cuanto líderes mundiales, analistas e intelectuales, para explicar las relaciones internacionales, habían quedado prisioneros de los ejes que se dibujaban en cruz y que supuestamente daban cuenta de dichas relaciones:

El Este-Oeste, ordenador del conflicto ideológico entre el capitalismo y el comunismo, y el Norte-Sur, ordenador de las desigualdades entre los países ricos y los países pobres. Y los espacios que estos dos ejes dibujaban permitían simplificar la situación, pero daban cuenta también, de una manera realista, de lo que pasaba en el sistema internacional (Maira, 1994, p. 35).

La caída del Muro de Berlín hizo pensar a muchos, como Francis Fukuyama (1992), en el hecho de que ahora sí se habían dado las posibilidades para la vivencia plena de las libertades individuales a través de la mayor universalización de las democracias liberales, de la realización plena de los mercados, libres de normatividades nacionales que obstaculizaban su desarrollo más allá de fronteras nacionales. Desaparecidos los peligros que representaba el socialismo soviético para la civilización occidental, el mundo alcanzaba por fin la tranquilidad y la felicidad. Era la cara de euforia representada en el fin de una:

Política armamentista que durante cuarenta años tanto pan le robó al hambriento, tanta medicina al enfermo, tanto techo al desamparado y tanto alfabeto al iletrado. Y sobre todo, el paso de una estructura bipolar a otra, multipolar. Muchos centros, no sólo dos; muchos rostros, muchas culturas, muchas soluciones, no sólo dos. Pocos meses después de la caída del muro de Berlín, la cara de la euforia no puede ocultar la mueca de la incertidumbre (Fuentes, 1994, p.16).

Con Huntington se podría afirmar que se habían reducido o desaparecido los conflictos de corte ideológico pero comenzaban a brotar, como flores en el desierto después de la lluvia en años, los propios de los choques entre civilizaciones, donde el factor religioso volvía a jugar un papel preponderante. No es un nuevo orden pleno de libertad y felicidad, ausente de contradicciones, como el que corrió a proclamar Fukuyama (1992), sino el orden de:

Un mundo suspendido entre el hielo y el fuego. Entre la globalización económica y la balcanización política, y entre aquella y el surgimiento de bloques de comercio rivales. Entre el modelo de desarrollo capitalista y la



persistencia de problemas sociales que no pueden resolverse sin la acción política de la izquierda, o sin la intervención del Estado. Entre la integración de un club de ricos en el Norte y la dispersión de una barriada pobre y anónima en el Sur. Entre la dinámica mundial hacia la multipolaridad y la monopolaridad aparente asumida por los Estados Unidos de América (Fuentes, 1994, p.17).

Un orden en el que el 20% de la población mundial acapara el 80% de la riqueza; un orden caracterizado por el contraste entre un mundo veloz, unos pocos nómadas del jet, del internet, y un mundo lento, grandes mayorías nómadas del burro o del camello, que luchan por romper las fronteras antimigración y los fanatismos xenofóbicos en las que se han encerrado los primeros, para defenderse de lo que ellos mismos crearon: la pobreza y la miseria.

La liberación de los capitales financieros, iniciada en Inglaterra y luego en Estados Unidos, en los años setenta; la interconexión planetaria en tiempo presente, propiciada por el desarrollo de las comunicaciones y la posibilidad de circular y procesar grandes volúmenes de información, comenzaron a hacer posible la globalización como un proceso en el que se hacían viables las condiciones para la integración y la interdependencia.

Con base en la *internacionalización* y la *transnacionalización*, procesos históricos que comienzan, el primero, en el siglo XV, con el descubrimiento de América, y se desarrolla el segundo en el siglo XX, sobre la base de estos procesos, la globalización se fue preparando:

A través de una intensificación de dependencias recíprocas, el crecimiento y la aceleración de redes económicas y culturales que operan en una escala mundial y sobre una base mundial. Sin embargo, fueron necesarios los satélites y el desarrollo de sistemas de información, manufactura y procesamiento de bienes con recursos electrónicos, transporte aéreo, trenes de alta velocidad y servicios distribuidos en todo el planeta para construir un mercado mundial donde el dinero, la producción de bienes y mensajes, se desterritorialicen, las fronteras geográficas se vuelvan porosas y las aduanas a menudo se tornen inoperantes. En verdad, los nuevos flujos comunicacionales e informatizados engendraron procesos globales en tanto se asociaron a fuertes concentraciones de capitales industriales y financieros, a la desregulación y la eliminación de restricciones y controles nacionales que sujetaban las transacciones internacionales (García, 1999, p. 46).

La agilización de los flujos migratorios y turísticos, que favorecen el desarrollo de lenguajes e imaginarios universales, ha hecho posible también la exportación de “bienes culturales” como películas, telenovelas, videojuegos, etc, sin ninguna referencia particularizante a un espacio determinado, lavados de elementos de identidades diferenciadoras dadas por espacios y tiempos reales. Con Saskia Sassen (1998), García Canclini (1999) afirma: “que la globalización es un nuevo régimen de producción del espacio y el tiempo” (p. 47). Y, como tal, un escenario desde donde se determinan muchos de los sentidos que ordenan nuestra vida cotidiana, bien por acción en cuanto asumimos como beneficios los efectos de la globalización, bien por reacción en cuanto la sentimos como un peligro, como el nuevo demonio que viene a destruir la seguridad que nos daba el habitar nuestra antigua identidad, sin que en momento alguno hubiera llegado a ser puesta en discusión por ninguna otra. Desde allí, lo queramos o no, dice Jacques Delors (1996), “se juega una parte del destino de cada uno de nosotros” (p. 41).

Ahora bien, en ese juego de nuestro destino caben de entrada dos posibilidades reales: la exclusión de o la inclusión en los procesos de la globalización, a diferencia de lo que ocurría en el mundo de la Guerra Fría. En el orden mundial que ésta determinó, todo espacio por insignificante que fuera dentro de la comunidad de las naciones, era importante, debido al alto grado de confrontación ideológica entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Todos los países eran importantes, a veces trágicamente importantes, pues se convertían en teatro o escenario de la Guerra Fría, que en esos espacios pasaba a ser caliente, fuera en algún país de Asia, de África, o de América Latina. La lógica del ‘efecto dominó’ hacía que en un momento de la historia algún país marginal, incluso muy pequeño, pudiera ganar centralidad por la disputa que en torno a él se daba entre las grandes potencias. Y en ese momento contaba con la probabilidad de recibir alguna ayuda internacional extraordinaria, de conquistar atención en los grandes foros mundiales y de tener la posibilidad de reubicarse en el mundo, mejorando su posición relativa (Maira, 1994, pp. 33-34).

En el nuevo orden mundial de la globalización no todos se incluyen; sólo entra en los ritmos del proceso quien tiene algo que aportarle a la globalización, en cuanto tenga algo que sea significativo para la misma; de ahí que una vez incluido no se tiene garantizada la permanencia en el proceso; se tendrán que seguir realizando los méritos necesarios para



poder permanecer. De cada espacio, región, ciudad o país, de cada individuo o comunidad, se hace una evaluación de su peso económico, de su participación en los mercados mundiales, de sus procesos de modernización, de su capacidad competitiva en dichos mercados. Quienes no dan la talla se convierten en espacios o individuos, especies de ‘agujeros negros’ de: “Los que nadie se ocupa salvo cuando provocan desajustes extremos por ciertas plagas o epidemias, por hambrunas o por acontecimientos extraordinarios que pudieran llegar a convertirse en una amenaza para la estabilidad del conjunto del sistema internacional” (Maira, 1994, p. 34).

Ahora bien, en la perspectiva de la inclusión en la globalización, quienes lo hacen no lo hacen de igual manera. García Canclini (1999) recoge varios de los imaginarios sobre la globalización de quienes se mueven en alguna de las partes del proceso: -Para la gente de una empresa transnacional, ‘globalización’ abarca principalmente los países en que actúa su empresa, las actividades de las que se ocupa y la competencia con otras; -Para los gobernantes latinoamericanos que concentran su intercambio comercial con los Estados Unidos, globalización es casi sinónimo de ‘americanización’; en el discurso del MERCOSUR, la palabra envuelve también a naciones europeas y a veces se identifica con interacciones novedosas entre los países conosureños; -Para una familia mexicana o colombiana, que tiene varios miembros trabajando en Estados Unidos, globalización alude a los vínculos estrechos con lo que ocurre en la zona de ese país donde viven sus familiares, lo cual difiere de lo que imaginan artistas mexicanos o colombianos, digamos Salma Hayek o Carlos Vives, quienes encuentran en el mercado estadounidense una audiencia diseminada; -Sólo una franja de políticos, financistas o académicos, muy reducida, piensa en una globalización *circular*. El resto imagina globalizaciones *tangenciales*; -Aún los pobres o marginados no pueden prescindir de lo global. Cuando los migrantes latinoamericanos llegan al norte de México o al sur de Estados Unidos descubren que la empresa donde consiguen trabajo es coreana o japonesa. Además, muchos de los que salieron de su país debieron llegar a esa decisión extrema porque ‘la globalización’ cerró puestos de trabajo en Perú, Colombia o Centroamérica, o sus efectos –combinados con dramas locales– volvieron demasiado insegura la sociedad en la que siempre vivieron; -Un cineasta estadounidense que trabaja en Hollywood, esa ‘casa simbólica del sueño

americano', ya no tiene la misma idea de la posición de su país en el mundo desde que sabe que los *Estudios Universal* fueron comprados por capitales japoneses. Luego de haber pensado tantos años que Occidente era moderno y Oriente tradicional, el avance japonés sobre Estados Unidos y otras regiones occidentales, obliga a preguntarse, con David Morley, si ahora 'el mundo será leído de derecha a izquierda, y no de izquierda a derecha'; -Un ejemplo más de la propia cosecha colombiana: con Andrés Pastrana muchos colombianos se creyeron el cuento de que, después del aislamiento internacional en que había quedado Colombia con Ernesto Samper por culpa de los dineros del narcotráfico durante su campaña política, se había vuelto a recuperar la imagen y presencia internacional del país, su introducción en los procesos de la globalización. Esta lectura es verdad desde el ámbito del orgullo que produce el sentir la soberanía nacional; pero en términos de globalización esta afirmación tiene otro significado distinto: Pastrana se limitó, y fue lo único que hizo muy bien, por desgracia, no para los 27 millones de colombianos que están en la pobreza y los nueve que están en la miseria, entregar el país a los mandatos del Fondo Monetario Internacional y del Plan Colombia, limitándose a ser un administrador de los mismos, situación ampliada y profundizada por las reformas que se han definido y desarrollado durante la administración del presidente Álvaro Uribe Vélez, en lo laboral, lo fiscal, lo pensional; se agudiza así la pobreza de las mayorías más pobres y se amplía la riqueza de los cada vez más pocos ricos. Las palabras de la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Puebla vuelven a retumbar con mayor fuerza: "ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres".

La crisis de legitimidad de nuestra clase política se acentúa en el contexto de la globalización en cuanto que elegimos gobernantes como representantes de los intereses de los colombianos, pero dichos gobernantes terminan gobernando para los intereses transnacionales o supranacionales. "El Estado nación es cada vez menos representativo de la fuerza de las identidades específicas y cada vez menos capaz de gestionar los flujos globales de capital, producción, comercio, comunicación y tecnología. El Estado entra en crisis en todo el mundo, crisis acrecentada por la deslegitimación de las instituciones políticas" (Castells, 1999, p.13). Todo esto es y no es globalización, en cuanto que si ésta son posibilidades de interdependencias, de participación en los beneficios de los flujos globales, la mayoría sólo sufre dependencias y



subyugaciones de los intereses determinantes de una élite minoritaria mundial. ¿Cuál de estos sentidos de globalización es más cercano a cada uno? ¿Cuál está incidiendo más nuestra cotidianidad?

Y bien, una cosa es el mundo mirado desde arriba, desde los procesos globales que buscarían homogenizar con base en los mercados. Pero no sólo de mercancías vive el hombre. Lo humano de los seres humanos, además y esencialmente, está definido por las tradiciones, las costumbres, los valores, las actitudes, las creencias, las formas de comer, vestir, pensar, amar o sentir. Lo humano de las personas se edifica en la construcción de las culturas. La Guerra Fría nos había hecho creer que los seres humanos nos reducíamos a solo dos especies: los capitalistas y los socialistas; los defensores, a cualquier costo, bien de la libertad, bien de la igualdad:

Al caer las máscaras rígidas de la Guerra Fría, dos ideologías complementarias por la necesidad de contar, cada una, con un enemigo visible, dejaron al descubierto, desamparadas, contradictorias, pero vivientes, las propias realidades ocultadas por la oposición Este-Oeste. Las culturas han impuesto su carácter infraestructural, asiduamente negado por las dos ideologías del progreso, capitalista y comunista. En consecuencia, resurgen hoy con toda la fuerza de un surtidor largamente cegado, abundante pero cargado de aguas tanto nutritivas como venenosas. ¿Sabremos separar unas de otras? Por el momento, nos asombra constatar que cincuenta años de Guerra Fría, más doscientos de pensamiento lineal progresista, no lograron dejar atrás los tiempos múltiples, circulares y al cabo simultáneos, de las culturas. (...) Hoy, reaparece el pasado en el presente. Todo lo que se creía muerto estaba vivo: han regresado las tribus con sus ídolos, los nacionalismos y las religiones, a llenar los grandes vacíos dejados por las ideologías en pugna durante la Guerra Fría (Fuentes, 1994, p.18).

No es que hayan desaparecido los conflictos, según la ilusión de Fukuyama (1992), sino que han reaparecido desde otras dimensiones, tal como lo recoge la tesis fundamental de Huntington (1997): “La dimensión fundamental y más peligrosa de la política global que está surgiendo, sería el conflicto entre grupos de civilizaciones diferentes” (p. 13). Sigue el mismo Huntington:

En el mundo de la postguerra fría, las banderas son importantes y también otros símbolos de identidad cultural, entre ellos las cruces, las medias lunas, e incluso los modos de cubrirse la cabeza, porque la cultura tiene importancia, y la identidad cultural es lo que resulta más significativo para la mayoría de la gente (Huntington, 1997, p. 20).

Y son estas identidades culturales y civilizacionales las que están configurando las pautas de cohesión, desintegración y conflicto en el mundo de hoy, de nuestro continente, de nuestro país, de nuestra ciudad, de nuestra vida familiar y personal. Las diferencias más importantes hoy entre las personas, entre los pueblos, entre las naciones no son ideológicas, políticas o económicas; son culturales. Pueblos de culturas similares a pesar de que vivan ideologías diferentes tienden a unirse, es el caso de las dos Alemanias, de las Koreas, de las Chinas. Pueblos unidos por la misma ideología pero con culturas diferentes tienden a separarse o a vivir en constante tensión: croatas, bosnios, serbios en Yugoslavia; checos y eslovacos en la antigua Checoslovaquia. En este sentido:

Tanto 'civilización' como 'cultura' hacen referencia a la forma global de vida de un pueblo, y una civilización es una cultura con mayúscula. Ambas contienen valores, normas, instituciones y formas de pensamiento a las que sucesivas generaciones dentro de una sociedad dada han atribuido una importancia fundamental (Huntington, 1997, p. 46).

Pero la civilización se le considera como la entidad cultural más amplia, que abarca a entidades culturales más particulares. El Islam como entidad cultural mayor o civilización, cobija innumerables culturas diferentes pero unidas por unos principios fundamentales de vida y sociedad. "Las civilizaciones son el 'nosotros' más grande dentro del que nos sentimos culturalmente en casa, en cuanto distintos de todos los demás 'ellos', ajenos y externos a nosotros" (Huntington, 1997, p. 48).

Desde esta perspectiva se podrían llegar a distinguir ocho civilizaciones actuales: China o Sínica, Japonesa, Hindú, Islámica, Ortodoxa, Occidental, Latinoamericana, y (posiblemente) Africana. Así, entonces, la geopolítica global pasó del dominio único de la cultura occidental hasta los años 20, a la confrontación ideológica de los bloques propios de la Guerra Fría, y hoy a la presencia de siete u ocho mundos distintos, ante el declive de la cultura occidental, y la presencia cada vez más decisiva de las demás civilizaciones no occidentales. Si "cada civilización se considera el centro del mundo y escribe su historia como el drama central de la historia humana" (Huntington, 1997, p. 62), y desde allí le otorga sentidos o valores a sus propios espacios así como a los espacios que están por fuera de sus fronteras, las



tendencias dentro del nuevo orden mundial de la postguerra fría no estarán caracterizadas esencialmente por la superación pacífica de los conflictos sino por la confrontación intercivilizacional.

Conclusión

- Nuestros espacios, nuestros lugares, desde los más personales hasta los más amplios de carácter barrial, ciudadano, regional, nacional o continental adquieren sentidos que cambian, que son históricos y que en gran parte, están siendo determinados desde la configuración de uno u otro orden mundial. No podremos entender la ciudad desde la ciudad en sí misma. Así como es comprensible por las particulares características históricas que la definen, también está siendo determinada en sus maneras de vivirla por un orden que se estructura mucho más allá de las fronteras de cada Estado.
- Además de la confrontación entre mercados, de la posibilidad de hacer parte o no de los procesos de globalización, los sentidos de nuestros espacios estarán siendo determinados por las posibilidades cada vez más concretas de la confrontación entre distintas civilizaciones, entre formas distintas de construcción de lo humano.
- Tenemos una misión fundamental en la construcción de un mundo más humano, la de hacer viable la coexistencia y respeto entre visiones, valores, tradiciones, formas de vida, creencias, es decir, entre civilizaciones diferentes.
- Pero no tendremos la capacidad de reconocer adecuadamente las demás culturas si no tenemos un conocimiento adecuado de la nuestra, bien sea como civilización occidental, o, más particular, como civilización latinoamericana.



Referencias bibliográficas

Castells, Manuel. (1999). *Globalización, sociedad y política en la era de la información*. Revista Análisis Político, (37), 2-17.

- Delors, Jacques. (1996). *La educación encierra un tesoro*. Madrid: Santillana.
- Durango, Natalia. (2002, 21 de julio). *La inseguridad asfixia a América Latina*. El Colombiano, 6B.
- Fuentes, Carlos. (1994). La situación mundial y la democracia: Los problemas del nuevo orden mundial. En: J. A. Bernal (Coord.). *Integración y equidad: Democracia, Desarrollo y Política social* (pp. 15-29.). Bogotá: Corporación Viva la Ciudadanía.
- Fukuyama, Francis. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Bogotá: Planeta.
- García, Antonio. (1977). *Una Vía socialista para Colombia*. Bogotá: Cruz del Sur.
- García, Néstor. (1999). *La Globalización imaginada*. Buenos Aires: Paidós.
- Hernández, Amilkar. (2002, 17 Mayo). *Hambre gana la batalla*. El Tiempo, 1-11.
- Hobsbawm, Eric. (1996). *Historia del Siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Huntington, Samuel. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.
- Ianni, Octavio. (1997). *Teorías de la Globalización*. México: S. XXI.
- Maira, Luis. (1994). América Latina en el sistema internacional de los años noventa. En F.L Buitrago, & J.G Tokatlian, (Comp.). *Orden mundial y seguridad*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Orjuela, Luis. (2001). *La debilidad del Estado colombiano en tiempos del neoliberalismo y el conflicto armado*. Revista Colombia Internacional, (49-50), 103-116.
- Restrepo, Luis. A. (1991). *Hacia un nuevo orden mundial*. Revista Análisis Político, (14). Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales-Universidad Nacional. Septiembre-Diciembre. 74-88.



Sierra, L. M. (2002, 13 de Agosto). *E.U. arremete contra la CPI*. El Tiempo.

Sassen, Saskia. (1998). *Ciudades en la economía global: enfoques teóricos y metodológicos*. *Eure* 24 (71), 5-25.